

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana,—jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. 1.º.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIRIJANTES: ORTEGO Y PEREA.

¡¡LAS QUINCE MIL!!

Y no quiero decir las quince mil del pico— aunque bien pudiera—porque temo parecer insolente ó mal educado. Fuera de que un número, dicho así, á secas, tiene siempre cierta significacion histórica ó legendaria.

La retirada de los diez mil es uno de los hechos más notables de la historia antigua.

El caudillo de los ciento es un poema moderno digno de estimacion, segun dicen.

¿Y quién no conoce la sociedad de los trece?

¿Y quién no ha oido hablar de los cien mil hijos de San Luis?

Pues tengo yo acá mis sospechas de que la exposicion de las quince mil ha de alcanzar con el tiempo igual fama y no menos duradera memoria que los guarismos antes citados.

Y la verdad es que el documento lo merece, porque amen de llevar la firma de quince mil señoras, lo cual por sí solo es ya una recomendacion, ha merecido que lo admitan en sus columnas varios periódicos neo-católicos, algunos monárquicos, y hasta me parece que le he visto en un número de La Epoca, bien que de esta última desgracia no estoy muy seguro.

La exposicion—si las cosas han de escribirse con entera franqueza—pertenecer al género tonto más pronunciado.

Sí, el respetuoso y profundo cariño que me ha inspirado siempre—y todavía, me inspira—el bello sexo, no ha de ser más poderoso en mí que el propósito firme de escribir lo que entiendo que es justo, de defender lo que me parece verdadero.

Y como la exposicion—perdonenme sus lindas firmantes, si son lindas, que sí lo serán—se me antoja sándia, sándia he de llamarla, aun á riesgo de que este exceso de imparcialidad sea á los ojos de muchas una falta de galantería; tengo yo, sin embargo, sospechas de que la exposicion, ó memorial, ó manifiesto, ó lo que sea, no ha de haber sido escrito por una dama, pues antes que delicada y sensible concepcion de un espíritu de mujer, parece el documento, ramplon y pretencioso, trabajo de un raton de sacristía.

Más sencillo, en el manifiesto se revela ostensiblemente, por el fondo y por la forma, que su autor pertenece al género masculino, que—como enseña la gramática—es el que corresponde al varon y al animal macho.

Así y todo duéleme en lo más hondo de mi alma que quince mil señoras se hayan colocado voluntariamente en ridícula posicion, escribiendo su firma al pié de un documento, en que á vueltas de muchas niñerías y muchas bobadas que causan risa, dicen muchas falsedades que inspiran por lo ménos lástima ó desprecio.

No hácia las damas, no; ¡pobrecillas! ¿qué entienden ellas de eso? sino hácia quien, ó quiénes tan mal las hayan aconsejado.

La exposicion principia dirigiendo al presidente del Gobierno provisional un enérgico apóstrofe, en el cual hay escritas estas palabras: «demandamos justicia, reclamamos respeto y proteccion á nuestro derecho de católicas, de españolas, y de mujeres.»

Y sino, que me diga una de esas señoras firmantas ¿qué derecho suyo no ha sido respetado? ¿qué ha sufrido como española, como mujer y como católica?

¿Puede asistir al templo todos los dias y á todas horas, sin que nadie le moleste, y aunque tenga otras cosas más importantes en que emplear su tiempo?

¿Puede cuidar de sus hijos ó de sus hijas (que será lo más natural)?

¿Puede... ¡qué locura! Creo que empezaba á discutir seriamente; perdonen Vds. el extravío; pero no se dirá nunca que advertido, pasé adelante.

Lo más bueno de la exposicion es que tiende á convertir á D. Francisco Serrano en un nuevo Don Quijote, defensor de su Dios, de su rey y de sus quince mil damas. Gritanle las señoras que lleva espada al cinto, y exclaman: «¿Qué hace el soldado cristiano que no acude á defender la fé que juró?»—«¿Qué hé de hacer? podrá decir el ministro; estoy aguardando á que Vds. me digan dónde están los herejes y los impíos que habremos de echar á la hoguera.»

Añaden las damas que sus derechos son los derechos de Dios. ¡¡Qué impiedad!! Cuando digo, señoras de mi alma, que no sabéis Vds. lo que se dicen.

Señoras, señoras, quince mil, ó quinientas, ó lo que seáis, yo os ruego encarecidamente que consagreis vuestros esfuerzos á más noble y más digna, y sobre todo, más sensata empresa. No encuentro mal, muy al contrario, que la mujer procure instruirse y que, instruida ya, dé su opinion sencillamente y sin lágrimas y sin exclamaciones, pero lo imperdenable es que esos rosados labios de la adolescencia, en que tan bien parecen las palabras de amor ó la cándida sonrisa de la niñez, se abran para decir una necesidad; que las preciosas manos cuya belleza se admira sobre el teclado y cuya encantadora agilidad nos deleita viéndole en su labor ordinaria, tome la pluma para firmar necias exposiciones que un intrigan te é indigno sacerdote ha confeccionado en union de otros de su misma calaña; que solo de esa manera tiene explicacion tanto ridículo extravío.

Y no exajero en lo que digo, no, que precisamente soy poco dado á dejarme arrebatado por la pasion ó el entusiasmo; pero sería necesario ser enteramente ciego para no comprenderlo así: ¡pobres señoras! ya se desengañarán con el tiempo, cuando sepan que esa exposicion no es más que uno de los infinitos trabajos de distintos géneros que simultáneamente han iniciado los neo-católicos. Esos hombres que si, por acaso, vencieran,—que no pueden vencer,—enviarían á presidio á los hijos y al esposo de las expnentes, y conducirían al patíbulo centenares de víctimas.

Señoras, para concluir, vosotras, cuya penetracion supe en algunos casos á los conocimientos no adquiridos, ¿no os parecería ridiculo un médico aconsejando á un abogado en una cuestion jurídica? ¿no hallaréis extravagante un sacerdote dando lecciones de esgrima á un maestro de armas? ¿á un sastre escribiendo novelas, á un novelista cortando fragmentos?

Pues bien, amigas mías, juntad todas esas ridiculeces, unid todas esas inoportunidades, y aun no tendreis idea de lo que significan ciertas firmas al pié de una exposicion, que muchas no habreis leído, y que algunas—no os enfadéis con un buen amigo—despues de leerla, no habriais conseguido entender.

Seamos juiciosos unos y otras, que aquí nadie piensa en impedir á nadie que sea más archi-católico que el mismísimo Pio IX.

A. SANCHEZ PEREZ.

LOS VOLUNTARIOS DE LA MAJESTAD.

LA REINA CISTERNA.

Pues señor, hablemos de los reyes.

Dentro de un par de dias, si la votacion nos es favorable, tendremos el gran placer de no ocuparnos de ellos para nada.

Pero hoy por hoy, se dice que hay un rey en puerta: este rey es el joven Amadeo, duque de Aosta, hijo de Víctor Manuel, tenor absoluto, primer titiritero de la corte de Florencia, elegido por el Júpiter D. Salustiano para darnos la desazon, y aceptado por el Gobierno provisional, que vá á coronar la obra con una calabaza en vez de capitel.

Esto se dice en España y fuera de España.

Esto se cuenta así en las Tullerías como en las Trumerías.

¿Quién es el duque de Aosta?

No le conozco.

Ni tu le conoces.

Ni aquel le conoce.

Ni le conocemos nosotros.

Ni le conocéis vosotros.

Ni le conocen aquellos.

Peró ello es que hay un joven tenor ligero que canta realmente su parte de candidato al trono español. Un voluntario de la majestad que hasta ahora no ha hecho siquiera guardia.

Cuando veo un hombre ó muchos hombres dulcemente ocupados en llevar un principe anónimo ó incógnito ó X á un país cualquiera, se me viene á las mientes aquella fábula de las ranas pidiendo rey.

¿Qué delito ha cometido ese pobre joven para ser rey de España?

Desde que nos dijo Castelar que le habia visto hacer títeres en Florencia, me lo figuró con el traje de payaso (vulgo púrpura), divirtiendo á los pueblos y escamoteando... la lista civil.

Nada hay tan sublime, despues de todo, como colocar en el puesto más elevado de una nación á un joven incauto á quien nadie conoce. Oiremos diálogos por este estilo:

—Vecino, ya tenemos rey!

—¡Hombre, qué bonito! ¿Y quién es?

—No lo sé. ¿Y Vd.?

—Ménos.

—¿Y quién lo sabe?

—El Sr. Olózaga.

—Pues dele Vd. espresiones.

—¿Mamá, de dónde han traído el rey?

—De la feria.

—¿Como á mi hermanita la que nació el mes pasado?

—Sí, niño, lo mismo.

—¡Conque hay feria de reyes! ¿Y cuestan caros?

—No lo sabes bien, prenda.

—¡Yo queriba uno!

—La verdad, D. Homobono; ¿cree Vd. que haya

un pueblo tan cándido que acepte un rey á quien no tiene el honor de conocer?

—Si señor, pero ese pueblo no se llama España.

—Estamos de acuerdo.

La combinacion mas piramidal que han concebido los Olózagas y Napoleones, es la combinacion de este jóven Amadeo, duque Aosta, para el trono español que está por tierra, y que así siga por muchos años.

Se dice.... si parece mentira.

A la muerte de Victor Manuel se encontrará el duque de Aosta, rey de España, llamado á ser tambien rey de Italia, porque ya para entonces habrá fallecido su hermano Humberto (que padece una enfermedad incurable): al elegir aquel uno de sus dos reinos, heredará el otro su hermana la princesa Clotilde, casada con el príncipe Napoleon, y.... ¡tape Vd. el dos de Mayo!

El duro cetro de los Napoleones pesará sobre nosotros.

No lo verá yo.

Cada cual tiene sus manías. Yo podré engañarme, pero desde que conozco algo la política, estoy reñido con todo lo que se roza de cerca ó de lejos con Napoleon é Isabel de Borbon.

Volviendo al candidato Amadeo, sepan mis lectores que este jóven está casado con una mujer que lleva por nombre la princesa Cisterna. Dicen que es una mujer de mil demonios, y que por ser reina es capaz de cualquier disparate.

Esta señora Cisterna sería, pues, la reina de España.

¿No le parece á Vd. muy cómico y soberanamente indigno el pueblo que hace una revolucion, derriba un trono de tressiglos, y cae luego en una Cisterna?

¡Subir tan alto para caer tan bajo!

Después de todo, ¿quién no se ríe de estos amasijos reales?

No, mis queridos lectores, los reyes no son juguetes desconocidos que se van á buscar á las ferias, porque en tales casos suelen acabar como Maximiliano.

LUIS RIVERA.

EL CANDIDATO.

Es grave lo que pasa con los candidatos á diputados á Cortes.

¡Los electores están remisos!

Ya se pasaron aquellos tiempos en que el elector era un pobre hombre que votaba á ciegas y caminaba á oscuras.

En aquellos tiempos, los candidatos eran ó los sujetos más ricos, ó los más osados.

Pero ahora no.

Ahora la cosa ha variado de aspecto, y el candidato necesita un poquito de trabajo para conseguir el sufragio.

El sufragio universal ha hecho el milagro.

El sufragio universal, que me parece á mí que va á dejar sin votos á D. Salustiano Olózaga y á D. Laureano Figuerola.

¿Quién tiene seguridad de ser elegido?

Nadie! Ya ha llegado el caso de que los electores llamen á los candidatos y les hagan sufrir un examen de conciencia.

¡Pobres candidatos! ¿Qué creáis? ¿Que no había más que llegar y besar el santo?

¡Ah! no. Eso sí que no.

Os voy á dar una idea de lo que ha sucedido en muchos puntos de España.

Se han reunido cien ó doscientos electores en un granero, y han leído el manifiesto, programa, ó lo que quiera llamarse, del diputado en flor.

Después de leído y releído el programa, uno de los electores se ha levantado y ha dicho:

—Todo eso es mentira.

Los demás se han quedado como petrificados.

—¿Mentira?

—Sí, señores, mentira. Porque este hombre era moderado hace tres meses....

—Y ahora.

—Y ahora ya ven Vds. que se las tira de liberal.

—Entonces vamos á votar á Fulano.

—¿A Fulano? ¿Al hijo del procurador?

—A ese.

—¿A ese, que porque sabe leyes nos ha metido un programa que no hemos entendido *denguno*?

—A ese.

—¿Quién, hombre, quién!

—¿Entonces, por quién votamos?

—¡Por *naide*! Porque los hombres se han vuelto de un modo que ya no se puede uno fiar de *denguno*.

(Y tienen razon en esta parte los electores.)

—Pues nada, dice uno de ellos, lo mejor es llamar al que nos parezca menos *peor*, y *desaminarlo*.

—¿Y quién es el menos peor?

Aquí es ella.

Los electores se encuentran con que en el pueblo se han repartido más de cien manifiestos diferentes.

¡Todo el mundo aspira á la diputacion! ¡Todo el mundo ha hecho sacrificios, y ha servido al país, y á la libertad, y á Dios, y al diablo!

¡Qué confusion! ¡Qué paso tan difícil!

Convengamos en que el elector no se ha visto nunca tan mareado como ahora.

Le hablan de Olózaga y no le sirve.

Le hablan de otros como éste, y tampoco le sirven.

En fin, se decide á llamar á uno de los que menos promesas hacen, confiando en que tal vez sea este el que cumpla más.

El candidato se presenta temblando.

Porque hay que advertir, que si escamado anda el elector, no lo anda menos el que pretende ser elegido.

—A ver, D. Fulano, nosotros vamos á votar por usted.

—Muchas gracias.

—Siempre que Vd. nos haga bueno lo que estamos nosotros deseando.

—¡Ya lo creo!

—Aquí está el escribano y el papel sellado. Vd. se compromete á darnos todo lo que le vamos á pedir, y si Vd. no nos lo da y se cierran las Cortes sin haberlo cumplido, Vd. se compromete á llevar un trabucazo á la vuelta.

—Pero hombre...

—Lo que Vd. oye. Y sino, no hay voto.

—A ver, digan Vds.

—Nos va á Vd. á dar libertad de cultos.

—Hombre, yo creo que eso...

—¡Ea, pues vaya Vd. con Dios!

—No, hombre, digo que eso me parece que lo conseguiremos.

—¿Ah, sí? A ver, escribano, ponga Vd. ahí que el tío se compromete á lo de la libertad de cultos.

—¿Y qué más?

—¡Nos va Vd. á dar... economías!

—¿Yo?

—¡Sí señor, Vd.!

—Hombre, yo se las pediré al gobierno.

—¡Economías ó nos hundimos!

—Veré si puedo...

—Ya hemos concluido. No se hable más.

—¡Las pediré!

—Escribano, ponga Vd. ahí que el tío se compromete á dar economías. Bueno. Ahora nos va Vd. á dar... milicia pa siempre y pocos soldados... ¿eh? ¡Y sino, no sigamos!

—Bueno.

—¡Póngalo Vd., escribano!

—¿Y qué más?

—Y además un destino para el chico.

—Bien.

—Y otro pa mí.

—Y otro pa mi mujer.

—¿Tambien para la señora?

—Tambien. Y otro para el guarda.

—¡Bueno! ¡A eso sí que me comprometo!

—Además, se compromete á que nos quiten los estancos.

—¡Bien!

—Y á que no nos metan prisa para pagar la contribucion.

—¡Bueno!

—Y á propósito, ¿no podría Vd. comprometerse á que nos quitaran esa socaliña de la contribucion?

—¡Yo!

—¿No? Vamos, bien, otra vez será. ¿Qué más, qué más tenemos que pedirle á Vd.?... ¡Ah! sí, ya sé. Nos va Vd. á hacer una escuela de tiro en el pueblo.

—¡Pero... hombre!

—¡Nada! ¡Póngalo Vd., escribano!

—Señores...

—Y por último, va Vd. á hacer de modo que el tren que pasa por en medio del pueblo, pase por un lado. Ya ve Vd. que eso es fácil, ¿eh?

—¡Pues no dice que es fácil!

—Pues si no es fácil, quédese Vd. en el pueblo y no vaya Vd. á las Cortes; ¡ea!

—¡Caramba! Le prometo á Vd. que vendrán cuatro guardias civiles, cogerán la via férrea y se la llevarán á otra parte.

—Bueno. Estamos ya conformes en todo, ¿no es eso?

—En todo, sí señor.

—Pues todavía falta lo gordo.

(Al diputado le tiemblan las carnes.)

—¿Qué va Vd. á votar, monarquía ó república?

—Lo que Vds. quieran.

—Escribano, ponga Vd. que el tío se compromete á votar por la república. ¿Estamos?

—Estamos.

—Con que ya lo sabe Vd.; república, tren, destinos, economías y libertad de cultos.

El candidato se levanta y dice:

Electores:

La honra que os he merecido en este dia no se borrará nunca ni de mi corazón, ni de mi memoria. Yo os juro que mi gratitud será eterna, y os prometo que una vez en el Congreso, trabajaré con toda mi alma para daros pruebas de que sé consagrar mi vida en provecho de mi país y de mis amigos. ¡Adios, electores, adios, y hasta la vuelta!

Esta escena ha sucedido ó ha podido suceder en muchos pueblos de España.

El elector que recuerda lo que le ha pasado hasta la fecha con sus diputados, ha exigido condiciones.

El candidato que tiene *comazon* de ser diputado ha prometido de todo, con tal de venir á sentarse en los bancos de terciopelo.

¿Qué resultará?

¡Allá veremos! Pero se pueden dar casos de electores que abran en canal á sus ilustres representantes.

Tengó ganas de ver lo que resulta para contárselo á todo el mundo.

EL AMIGO BONAPARTE.

—¿Qué quiere decir la política de Napoleon III, emperador de los franceses?

De todo hemos de hablar, lector amigo; y antes de que los acontecimientos *se echen encima* (como dicen los académicos), bueno será que hablemos claro y gordo.

—Claro, para que nos entendamos.

Gordo, para que no se diga que aguantamos la mecha.

¿Sabes tú ¡oh lector liberal! lo que es *aguantar la mecha*?

Pues es una cosa parecida á pasar plaza de primo.

Y que España está siendo *prima* de Francia, lo tengo por indudable.

A fé de GIL BLAS, aseguro que estoy harto de oír hablar en todas partes de sí á Napoleon III le gusta ó no le gusta la marcha que siguen los acontecimientos de España.

Los periódicos (no todos, afortunadamente) me están contando á cada instante que tal ó cual candidatura no es del agrado del emperador de los franceses.

Va D. Salustiano Olózaga á Paris. Ve al emperador, y el emperador le dice dos ó tres palabritas en son de proteccion á España. Enseguida las agencias telegráficas se apresuran á comunicarnos la noticia.

La prensa se regocija, los ministeriales se hinchan... ¡Uf! ¡el emperador ha sonreído tres veces al hablar con D. Salustiano! ¡Uf! ¡el emperador nos tiene buen humor!

¿Qué es esto?

¿Por qué razon la España, el país más acostumbrado á *gastar Napoleones*, está pendiente hoy de los labios de Napoleon III?

Parece que toda nuestra felicidad depende de ese caballero.

Parece que si él no toma parte en nuestros asuntos no hay solución posible.

Parece, en una palabra, que vamos cayendo en la ridiculidad de todos los pueblos de Europa.

La política del ex-republicano Luis Bonaparte ha ido sembrando disgustos por Europa de algunos años á esta parte. Y los pueblos, ó sus gobiernos, mejor dicho, no han sabido hacer nada sin la intervencion del emperador de Francia.

¿Ahora nos va á tocar á nosotros, verdad?

No me conviene.

Soy español, independiente, liberal, y enemigo de las grandes agrupaciones y de las intervenciones y de todas esas picardiguélas diplomáticas con que el hombre ese va metiéndose en todas partes.

¡Es mucho hombre ese!

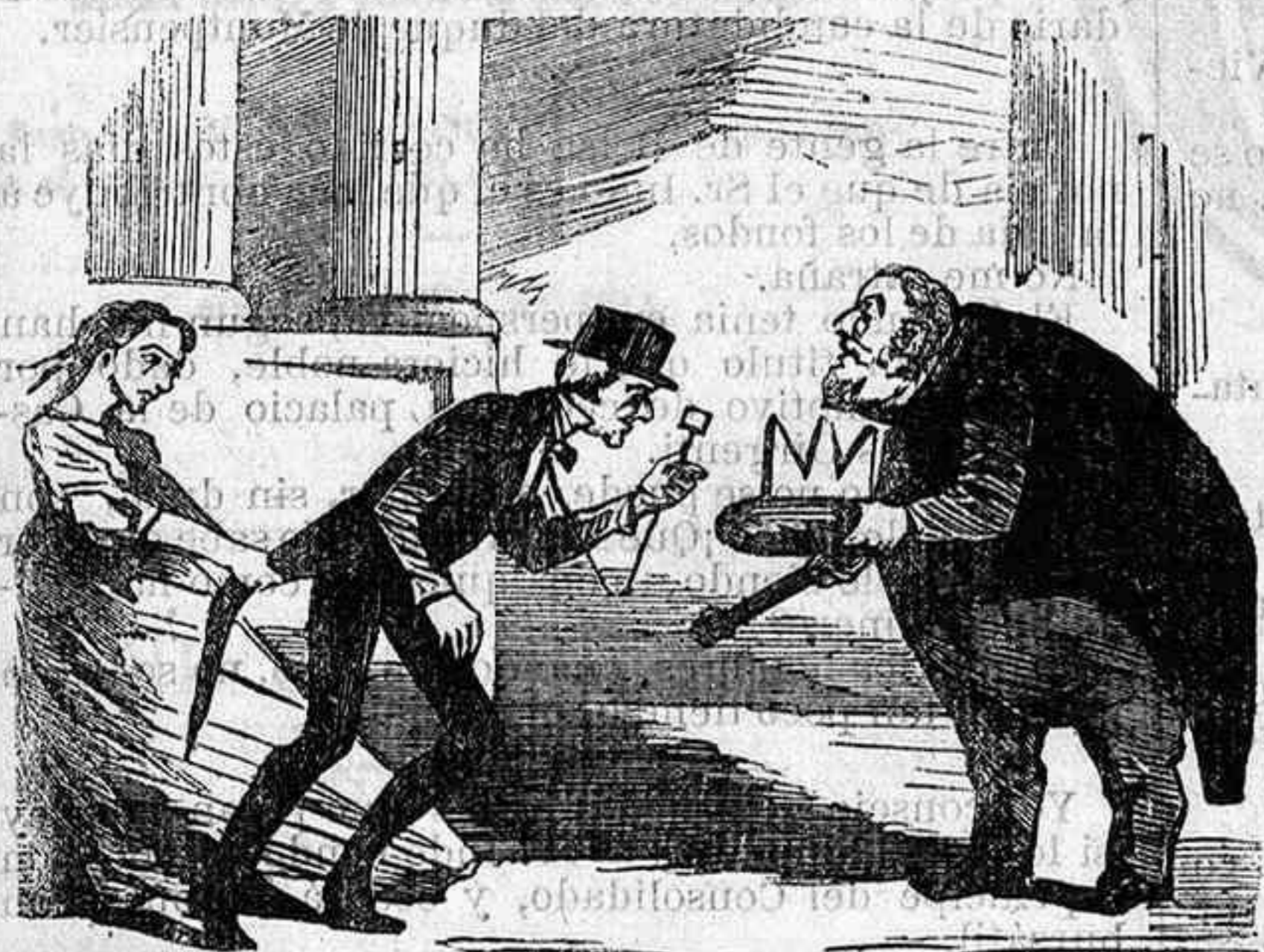
Apenas se nota movimiento en alguna nacion europea, y ya Napoleon comienza á tender su apagada mirada por la nacion que se mueve.

Los periódicos del imperio anuncian que su majestad imperial está *meditabunda*.

Circula la grave noticia por toda la prensa de Europa.

¡El emperador medita!

EN BUSCA DE UN REY.



—Aquí traigo estos chismes.
—No te fies! ¡Acuérdate de Maximiliano!



En el baño.

—Adentro, D. Salustio.
—Hombre, si, á ver si disminuyen estas carnes y me hago un diplomático más fino.
—Ya, pero entonces no sería Vd. tan pesado!



—Ya decía yo que D. Salustio era hombre de mucho peso. ¡Se ha ido á fondo! ¡Si pescará algún rey por allá abajo?



En vez de firmar en contra de la libertad de cultos, las neas más despejadas invocan á San Salustio.



—Aquí traigo eso.
—Ni en el campo ha de verse uno libre de este hombre!



Y no encontrando un vecino capaz de ser rey ó roqué, cuelga el chisme peregrino sobre el primer alcornoque que tropieza en el camino!

A los dos dias, los periódicos del imperio anuncian que su majestad imperial se mete con frecuencia las manos en los bolsillos.

Nueva conmocion. Las prensas uropeas gimen publicando la noticia.

¿Qué va á resultar de que el emperador se meta las manos en los bolsillos? ¡Ah! ¡Pobre nacion A***, pobre nacio B***!

Y así se pasan la vida los periódicos y así se preocupan los gobiernos.

¡Los estornudos del emperador pueden influir en los negocios de España!

¡D. Salustiano lo sabe, y se desvive por complacer á la majestad imperial!

¡Cuidado que es empalagosa la majestad imperial del Sr. D. Luis Bonaparte!

Es preciso que los españoles vayamos formando nuestra opinion en esto de la influencia napoleónica.

Es preciso que los que no nos asustamos de que Napoleon le toque ó no en el hombro á D. Salustiano, convenzamos á los asustadizos de que á los españoles no nos debe importar absolutamente nada que á la Francia le agraden ó no nuestras cosas.

Es preciso, en fin, que se acabe entre nosotros esa importancia que le estamos dando á un francés. Porque ¿de qué nos serviría ser aquellos españoles de Zaragoza y de Gerona? Y en cuanto á la conducta actual de Bonaparte, para juzgarla basta recordar.

O mejor dicho, comparar. Comparando, veremos hasta dónde llega la liberalidad de Napoleon III.

El 22 de junio de 1866 hubo en Madrid aquel día de sangre que Vds. saben.

Fué un día de luto para los liberales españoles. El gobierno venció á los que tuvieron el valor de echarse á la calle.

Á consecuencia de aquellos tristes sucesos, la Francia se llenó de emigrados españoles.

¿Qué hizo Napoleon III entonces?

Internar á los emigrados. ¡Vigilarlos cuiadosamente!

Ahora las cosas han cambiado.

Los emigrados aquellos son hoy los amos de la situacion de España, y la familia de Borbon está hoy emigrada en Francia.

¿Qué hace Napoleon ahora?

Visitar frecuentemente á la familia emigrada y demostrarle las mayores simpatias.

Me parece que hecha la comparacion, los comentarios son escusados.

Y sin embargo, hay quien mira con muchísimo respeto á Napoleon III.

Hay quien le teme y quien cree que de él nos ha de venir el bien que nos hace falta.

¡Por el amor de Dios, seamos españoles!

Si un Napoleon que se nos vino á las manos lo gastamos, ¿para qué nos vamos á ocupar de otro?

¿Acaso estamos tan libres de la presión de dentro, que vamos á entretenernos en temer la presión de fuera?

Dejemos á Napoleon que sonría ó muerda á D. Salustiano, y prescindamos de Francia, á quien ni tememos ni debemos.

Y ahora, lector, como fin de fiesta, te voy á dar una noticia que ya sabrás, pero que no quiero dejar de recordártela, porque se me figura que te interesa.

Ya sabes que los ministros han tenido una comida en casa del de la Guerra.

Pues bien, el de la Guerra brindó en honor de los emperadores franceses.

¡Escámese usted, lector, hágame usted ese favor!

La cosa tiene una porcion de pares de bemoles.

CABOS SUELTOS

Menudean que es un gusto las visitas del emperador á la ex-reina de España.

Despues de esto, nos puede asegurar nuestro embajador que el emperador está muy bien dispuesto en nuestro favor.... y nos moriremos de confusion, antes de creer que hay *intringulis*.

Hay cosas que dá vergüenza decirlas, pero hay que decirlas y aun vociferarlas.

¿Querrán Vds. creer que casi la mitad de las cédulas electorales correspondientes á algunas corporaciones se están quedando sin repartir porque los interesados no van á recogerlas?

Lo mismo pasó cuando se hicieron las elecciones municipales.

¿Es que no hay patriotismo? ¿Es que á la mitad de los ciudadanos no les importa maldita de Dios la cosa el votar ó no?

¡Pues entonces que nadie se queje de lo que resulte!

Cualquier extranjero que entre en Madrid podrá decir, sin que tengamos derecho á incomodarnos, que somos el pueblo peor educado del globo.

Da asco ver cómo están las calles.

¡Cualquiera diria que la libertad nos ha dado el derecho de hacer líquidos mayores y menores!

¡Qué horror! ¿Saben Vds. si hay Ayuntamiento en la villa? Y de la policia urbana, ¿qué saben Vds?

Se asegura que la mayoría del Congreso próximo, se compondrá de progresistas. ¡Gran Dios! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Un Congreso de bonachones!



Si el gobierno me desprecia, anda vé y dile al gobierno que hay quien se llama Topete y navega contra el viento.



El ayuntamiento de Madrid trata de hacer un magnífico parque en el Retiro, comprendiendo la parte que antes se llamaba pública y reservada.

La idea me parece muy buena. En este parque, que será grande, florido y hermoso, como el mes de Mayo, desean algunos incautos que no entren coches.

A mí me parece lo contrario, y eso que no gasto coche, no por mi voluntad sino por otra cosa.

¿Qué parque sería ese si no pudiera servir para todo el mundo?

Distribúyanse los paseos de manera que todos quepan bien, pero no cometamos la inocentada de dar gusto solo a los pobres.

La libertad es la igualdad, y así como todos pagamos contribución, justo es que todos gocemos los mismos beneficios.

A mí no me molesta el ver a los ricos en coche; lo que me molesta es no tenerlo, y creo, lector amigo, que a ti te sucede lo propio.

Me han dicho que dos individuos del ayuntamiento han presentado también una proposición con el objeto de prohibir la entrada de coches. ¿En nombre de qué principio? Lo ignoro.

Yo suplico al ayuntamiento que no empequeñezca las cuestiones, mirándolas por tan miserable prisma.



En el teatro, llamado por mal nombre Español, se ha representado una comedia, titulada *El juez de su causa*, imitación nueva de nuestro teatro antiguo.

Argumento, pobre; caracteres, vulgares; acción, lánguida; sentimientos falsos; lenguaje, florido y ñoño; lirismo estemporáneo; tales son las condiciones de esa obra, que acaba, como acababan muchas comedias, casándose la dama con Jesús cuando no podía casarse con el diablo en figura de amante.

En la ejecución se distinguió la Boldun. De Manuel Catalina... ¿qué podemos decir de este actor que le sea agradable? En cuanto a Matilde, siempre hemos tenido elogios para su talento y su gracia en el decir. Hoy, triste es confesarlo, no podemos acostumbrarnos a verla en ciertos papeles. ¿Cómo está el teatro Español cuando tiene que apechugar con dama tan entrada en años, —y en carnes!

¡Le digo a Vd. que es un dolor!



Se habla del arquitecto Sr. Inza para auxiliar de las obras que el Ayuntamiento proyecta.

Me alegraré mucho, porque quiero al Sr. Inza, y sé que de sus conocimientos en la materia no es posible dudar.



En el Circo de Paul habrá el sábado 16 baile francés de máscaras. Se bailarán *cuadrillas*, ¿eh? Habrá mucha gente de buen humor.

¡Cuerno, y cómo me voy a divertir!



Lector republicano, para que veas cómo se gasta el dinero en los salones de los reyes, te ofrezco para el número próximo la descripción de un baile en las Tullerías. ¡Verás, verás que rumbosos son los emperadores... cuando dan bailes!

¡Es una bendición!



He visto en una candidatura para diputados a Cortes, el nombre del conde de Chestel.

¿Vendrá, Dios mío, vendrá?



¿Por qué circunscripción sale diputado D. Salustiano?

Me figuro que un patricio tan popular tendrá lo menos, lo menos veinte ó treinta mil votos, ¿eh? (¡Si después de todo no saliera diputado!)

(¡Grrrr!)



El conde de Reus brindó en la comida que dió hace pocos días en su casa, por los emperadores franceses.

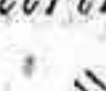
¿A qué viene eso?

¿Qué significa eso?

¡A ver a ver, que se explique eso! ¡Que no paso por eso!

¿Será cosa de que todos los españoles cantemos el coro de la última zarzuela de Blasco,

Intrínquilis, intrínquilis, intrínquilis?



Los diarios neos dicen que el terror rojo impera en la provincia de Navarra.

Que el gobierno trata a aquella provincia como el Czar de Rusia trata a Polonia.

¿Y saben Vds. por qué?

Por que ha preso a unos carlistas a quienes todo el mundo esperaba que habían de ser presos.

¡Cómo se escribe la historia!

Yo creo que estos neos, en nombre de Dios, se atreven con todo Dios; y no consienten que ni Dios les tosa.

¡Vaya por Dios!



La Esperanza se alarma porque en Castilla la Vieja se hace propaganda protestante.

¡Bah! No se afija Vd., hermana, que harto tiempo se ha hecho propaganda católica, y lo que es Vds. no se quedan cortos.



—¿Es Vd. protestante, Sr. GIL BLAS? me preguntaba ayer un padre de familia.

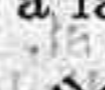
—Yo no, ni quiero.

—¿Entonces por qué quiere Vd. que haya protestantes en España?

—Señor padre de familia, yo no quiero que haya protestantes ni que deje de haberlos. Me tiene sin cuidado lo uno y lo otro. Lo que yo quiero es que haya libertad para todos, sean católicos ó protestantes.

—Eso me parece justo.

—Pues no sea Vd. bárbaro, defienda Vd. como yo la libertad de cultos, lo cual no le impide a Vd. ser católico desde los pies á la coronilla.

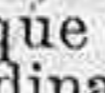


Los periódicos isabelinos defienden por vez primera a Espartero [y le ponen en las nubes.

¡Escamati!

Los idem sostienen que Espartero es muy leal y muy consecuente á la dinastía de Isabel y del hijo de su papá.

—¡Tres millones de veces escamati!



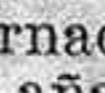
Cuenta la historia que al severo Catón, hubo de ponerse entre ceja y ceja la destrucción de Cartago, y no pensaba en otra cosa.

Hablaba en el Senado de cualquier cosa, y siempre terminaba así: «Cartago ha de ser destruida.» (*Delenda Carthago.*)

Al Gobierno provisional en su monarquismo le sucede una cosa muy parecida!

Hoy dice a un Gobernador que desarme la milicia, pongo por caso, y añade: «y tenga Vd. entendido que somos monárquicos.»

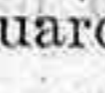
Mañana mandará organizar la milicia, y dirá: «No olvide Vd. que somos monárquicos.»



Si el mal se hace crónico, ya me parece estar viendo el «somos monárquicos» sustituyendo á la fórmula sacramental: Dios guarde a Vd., etc., etc.



Las credenciales se estenderían así: «En uso de las atribuciones que me competen vengo en nombrar a usted tal ó cual cosa, lo que comunico a Vd. para su satisfacción. *Somos monárquicos*» á tantos de tal mes...»



Las cesantías de estotra manera: «He venido en declarar a Vd. cesante con el haber que por clasificación le corresponda. *Somos monárquicos*, etc.»

Los telegramas: «Mando fuerzas, energía, decisión: triunfo elecciones. *Somos monárquicos*»

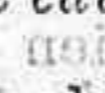


—Ya sabrán Vds. que el Gobierno provisional ha dirigido á última hora un manifiesto á todos los electores.

Aconseja en él que cada uno respete los derechos de cada otro.

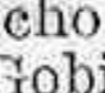
Esto no me parece mal. Dice también que si lo ha hecho mal, no ha sido intencionadamente, y que consiste en que no ha sabido hacerlo mejor. ¡Ah!... se me olvidaba lo más grave; el Gobierno se declara partidario de la monarquía: esta inesperada declaración ha producido mucho efecto.

Entiéndase que el Gobierno provisional no quiere un trono de tres al cuarto; pues no faltaría más; quiere un trono rodeado de todo su prestigio y con todas sus prerrogativas naturales. *Eche osté jigos y viva el rumbo.*



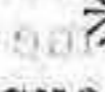
Cree *La Esperanza* que si tuviera libertad sería su partido irresistible.

Pues que lo deje para mejor ocasión.



En Sariñena han hecho las mujeres una manifestación republicana.

¡Hijas de mi corazón! Yo las quiero mucho, pero ahora las adoro.



Vamos á cuentas. Los periódicos, al llegar el periodo electoral, empiezan á hablar con franqueza.

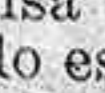
Me refiero á los periódicos monárquicos, porque los republicanos han dicho ya cuanto tienen que decir.

Las Novedades nos ha dado un programa muy liberal.

Si *Las Novedades* nos garantiza todas esas libertades, bien podrán los españoles darse con un rey en los pechos.

Muchas libertades son para una monarquía.

Al propio tiempo *Las Novedades* se declara partidario de la candidatura del duque de Montpensier.



Entre la gente de Bolsa ha corrido estos días la noticia de que el Sr. Indo es el que más contribuye á la baja de los fondos.

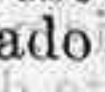
No me estraña. El Sr. Indo tenía en perspectiva, según me han contado, un título que le hiciera noble, dado por Isabel, con motivo de ceder su palacio de la Castellana á los Girgenti.

El Sr. Indo no se puede conformar, sin duda, con ser un cualquiera. ¡Qué ingratitud! ¿No sabe el señor Indo que solo siendo un cualquiera es como ha podido hacer dinero?

Porque los hombres, cuando son algo, no se hacen ricos en tan poco tiempo.

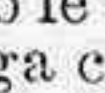
Yo aconsejo á los monárquicos que pidan á su rey (si lo traen), que haga al Sr. Indo conde del Bofeton ó príncipe del Consolidado, y cederá su oposición bursátil.

¡Qué bien sentará un escudo de armas á la puerta de ese palacio levantado con las peripecias del juejo!



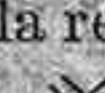
Dice don Laureano de Figuerola, que no quiere que el Banco tenga más cola.

Y yo le digo, que como siga con el sistema que viene usando hace tiempo, la cola del Banco va á llegar hasta Vitigudino.



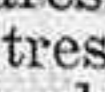
Dícese que Cialdini será nombrado ministro de Italia en Madrid, por quererlo así el duque de Aosta.

¿Ya empieza el niño á manifestar su voluntad? ¡Carape con el marido de la reina Cisterna!



Tres eran tres las hijas de Elena, tres eran tres y ninguna era buena.

Tres eran tres las circulares de Sagasta, tres eran tres y con verlas basta.

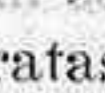


Los neos se han dado á poner á la cabeza de sus periódicos y candidaturas, estas consoladoras palabras:

Monarquía popular.—Union.—Libertad.

Francamente, eso me hace el mismo efecto que si á la puerta de una iglesia pusieran un letrero que dijese:

Vaca á 22 cuartos.



Veinte demócratas, treinta unionistas, tres puritanos, catorce ó quince neos-carlistas, cien progresistas, y unos cincuenta republicanos...

Tal el Congreso Constituyente diz que será.

Ya me figuro próximamente lo que en España sucederá.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Trufado.*

CHARADA.

Es mi primera vocal, prenda militar segunda; y es el todo el mejor rey casado con la república.

(La solución en el próximo número.)

Correspondencia de GIL BLAS.

D. J. G. y F. (Sarría.) Envía Vd. 35 rs. por un año. (Hasta 50, faltan 15.) ¡Una friolera! (Qué equivocación, Dios mío, qué equivocación!) D. A. S. y B. (Valladolid.) Otra equivocación; mandó Vd. 46 rs. por un año, y falta una pesetita. (No descuidarse, hombre!) D. J. F. S. de V. (Villamartín.) Crea Vd. que esta Administración le sirve los números con puntualidad. Me alegro haya recibido los que reclamó. D. J. P. (Madrid.) Dice Vd. que si de su voluntad dependiese nombraría rey á GIL BLAS. ¿Tan mal me quiere Vd. que desea que yo me odie á mí propio? Un suscriptor (Jerez.) Aprovecharé su idea para una caricatura. Mil gracias por ello.

MADRID: 1869

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CA BEZA, 27.